

SOSTENIBILIDAD Y CULTURA CAMPESINA: HACIA MODELOS ALTERNATIVOS DE DESARROLLO RURAL. UNA PROPUESTA DESDE CATALUÑA¹

David Saurí

Martí Boada

Departament de Geografia e Institut de Ciència i Tecnologia Ambientals
Universitat Autònoma de Barcelona

RESUMEN

El artículo se plantea examinar los vínculos entre cultura rural y desarrollo sostenible tomando como ejemplo el caso de Cataluña. Estas relaciones se hallan muy mediatizadas por concepciones muy particulares y dominantes de naturaleza y sociedad, de campo y ciudad, como ámbitos estrictamente separados y antagónicos. En opinión nuestra esta separación es clave para entender las relaciones tan problemáticas que existen entre el mundo rural y la conservación del medio ambiente. Desde la geografía se ha intentado con diversa fortuna superar el dualismo naturaleza-sociedad a través de enfoques como la teoría de sistemas, el materialismo histórico o, más recientemente, la teoría de los actores-redes. Este último enfoque ofrece una perspectiva relacional muy interesante para la Geografía y los estudios naturaleza-sociedad que diluye el dualismo en redes de actores, tanto naturales como sociales. El fin de las tensiones entre áreas rurales y áreas urbanas podría proceder de un nuevo contrato social en el que admitiera la especificidad de las áreas rurales y se garantizara una sostenibilidad rural que no implicara la desaparición de las actividades productivas. El artículo dibuja las grandes líneas de este contrato y termina ofreciendo un breve apunte metodológico sobre como (re)examinar las relaciones entre sostenibilidad y cultura rural.

Palabras clave: cultura rural, sostenibilidad, redes de actores, Cataluña.

Fecha de recepción: noviembre 2004.

Fecha de aceptación: enero 2006.

¹ Los autores quieren agradecer a Ángel Paniagua sus sugerencias acerca de una versión previa del artículo.

ABSTRACT

This paper has the objective of examining the relationships between rural culture and sustainability taking as an example the case of Catalonia. We argue that these relationships are mediated by particular and antagonic views of nature and society, of cities and the countryside as strictly separated environments. In our opinion, this separation is critical to understand the problematic relationships that exist between rural culture and environmental conservation. Within Geography there have been various attempts to overcome the dualism nature-society such as systems theory, historical materialism or, more recently, actor-network theory. This last approach offers a relational view of interest for geographers and nature-society studies in that it dilutes dualisms in network of actors, both natural and social. The end of tensions between rural and urban areas could come through a new social contract admitting the specificities of the rural and offering a guarantee of a rural sustainability not threatening the productive base. The paper draws the basic lines of this contract and ends with a brief methodological account on how to (re)examine the relationships between sustainability and rural culture.

Key words: sustainability, rural culture, actors, networks, Catalonia.

I. INTRODUCCIÓN

El objetivo de este trabajo es ofrecer algunos elementos de reflexión sobre la cultura rural y sus vínculos con el desarrollo sostenible, tomando como ejemplo casos de Cataluña. Como muchas otras áreas del mundo desarrollado, los espacios rurales de esta comunidad se encuentran en un momento histórico clave, en el cual las funciones estrictamente productivas (obtención de alimentos y de otros productos de la tierra), aunque importantes, empiezan a dejar paso a funciones más vinculadas al consumo, especialmente el consumo de «naturaleza» o de «paisaje». Este es un cambio substancial que coincide por otra parte con un periodo de creciente marginalidad económica, política y social de las áreas rurales. Disminuida en efectivos y muy envejecida, la población rural catalana ha de afrontar nuevos retos durante esta transición que no implican únicamente continuar con la función básica de gestionar aproximadamente el 80% del territorio del principado con recursos cada vez menores, sino también ejercer esta función bajo nuevos criterios y modelos que, como la misma noción de sostenibilidad, en buena parte le pueden resultar extraños. En este sentido y como es sabido, la sostenibilidad no tiene una interpretación única sino que depende de las ideas dominantes en cada momento sobre la naturaleza, la sociedad y las relaciones entre ambas. Actualmente, estas ideas dominantes tienden a reproducir una separación estricta entre naturaleza y cultura (y entre campo y ciudad) que encaja mal con la realidad histórica del mundo rural.

El artículo se halla dividido en cinco partes. En primer lugar, nos interesa reflexionar brevemente sobre el concepto de «cultura» como punto de entrada a las dicotomías o dualismos que tanto pueden perjudicar a las relaciones entre campo y ciudad. A continuación, cuestionamos el dualismo naturaleza-sociedad que a menudo sirven de referente teórico a las distintas aproximaciones sobre el concepto de sostenibilidad y presentamos distintas alternativas

de superación de este dualismo desarrolladas en varias escuelas de pensamiento geográfico y social. En tercer lugar, intentamos abordar con mayor nitidez la cuestión de la naturaleza y la cultura en los espacios rurales. En cuarto lugar, presentamos los cimientos básicos de un nuevo «contrato social» con el que abordar la complejidad asociada a la sostenibilidad en áreas rurales. Este «contrato social» se basa precisamente en intentar superar los dualismos anteriores y empezar a contemplar la realidad del mundo rural como una históricamente coproducida por fuerzas biofísicas y fuerzas sociales. Finalmente, en las conclusiones pretendemos esbozar una propuesta metodológica que concrete todo lo anterior y pueda servir de referente a futuras investigaciones empíricas sobre esta cuestión. A lo largo del trabajo, utilizaremos distintos ejemplos de Cataluña para ilustrar los aspectos más relevantes de los argumentos presentados.

Cabe puntar ya en esta introducción que nuestra aproximación a la cuestión de la sostenibilidad en el mundo rural no se ha elaborado tanto desde el campo de la geografía agraria o rural sino más bien desde ámbitos de estudio más propiamente ambientales, como la geografía de los riesgos (inundaciones, sequías, incendios forestales) y la geografía de los cambios en los usos del suelo y de las fuerzas inductoras de estos cambios. Sin embargo, siempre hemos intentado entender estas cuestiones como resultados de las relaciones entre naturaleza y sociedad concretadas en marco espaciotemporales específicos. En otras palabras, en desarrollar y aplicar un análisis basado en lo que, a nuestro entender, es el elemento básico de la Geografía.

Como ya se ha comentado, un objetivo básico de este marco analítico es la superación del dualismo con el que tradicionalmente se ha caracterizado las relaciones entre naturaleza y sociedad. Este dualismo alimenta la polarización entre los que acriticamente defienden la hegemonía de la naturaleza y los que, también acriticamente, defienden la hegemonía de lo humano. Como se comentará más adelante, una dualismo parecido e igualmente empobrecedor se produce al enfrentar áreas rurales con áreas urbanas o entre cultura rural y cultura urbana. Ello implica un claro obstáculo para la consecución de frentes de actuación compartidos. Por tanto, nos interesa sobremanera encontrar referentes teóricos que nos ayuden a plantear alternativas al dualismo y, en este sentido, existe actualmente en Geografía un debate muy interesante que nos puede resultar de utilidad. Antes de entrar en el debate, sin embargo, quizás sea conveniente, empezar por plantear el concepto de cultura y muy especialmente el concepto de cultura rural y su relación con la sostenibilidad y el medio ambiente.

II. EL CONCEPTO DE CULTURA

El concepto de cultura, como el de naturaleza, es quizás uno de los más difíciles de definir en el vocabulario de cualquier lengua. En general, puede afirmarse que la definición de cultura se mueve entre dos interpretaciones antagónicas. La primera, que podríamos denominar como interpretación empiricista, contempla a la cultura como una suma de percepciones, actitudes y creencias individuales que dan lugar a unos comportamientos sociales determinados. La segunda interpretación, o interpretación idealista, afirmaría que la cultura posee una existencia propia e independiente de las personas individuales, que influencia y explica estos mismos comportamientos (Proctor, 1998). Ambas interpretaciones son poco satisfactorias. La primera interpretación ha de afrontar la crítica de que no es posible tratar separadamente

a la cultura con respecto a otros factores (demográficos, económicos, tecnológicos, etc.) y porque tampoco es reducible a las respuestas obtenidas en un cuestionario. La segunda interpretación, por su parte, cuenta con la desventaja de situar a la cultura fuera del reino de la conciencia y de la práctica individual hasta convertirla en algo autónomo y ajeno a la propia experiencia humana.

En nuestro enfoque y siguiendo a Proctor y a Derek Gregory (2001), entendemos la cultura como un conjunto de percepciones, actitudes y creencias compartidas (el subrayado es nuestro) que podemos utilizar para dar sentido al mundo que nos rodea (Proctor, 1998, p. 238). Estos significados compartidos adquieren un carácter dinámico y cambiante debido a que son objeto de negociación constante, explícita o implícita, entre diferentes agentes sociales (Daniels, 1989). Esencial en esta concepción de cultura es el rechazo al inmovilismo así como una defensa de la heterogeneidad y la multiplicidad. Por tanto, difícilmente cabe hablar de una cultura rural o de una cultura urbana en abstracto. En cambio, si que habría de ser posible identificar algunas características comunes, significados compartidos que nos permitieran conocer y facilitar el camino hacia la sostenibilidad. Estos significados compartidos podrían implicar, por ejemplo, la noción de que el patrimonio natural de las áreas rurales es muy valioso y debe ser protegido (argumento clásico del pensamiento conservacionista) pero también la noción de que cualquier política de conservación ha de entender y compartir el carácter dinámico y por tanto cambiante de la sociedad humana y particularmente de la sociedad rural, en gran parte responsable del medio que ahora se pretende conservar.

La búsqueda de estos «significados compartidos» habría de empezar por afrontar el problema del dualismo campo-ciudad/cultura rural-cultura urbana». Durante muchos años, ambas culturas se han definido en contraposición a la otra: tradición versus innovación; mantenimiento de la esencia y pureza de los pueblos frente a la promiscuidad social de las ciudades, retraso frente a progreso, etc. Desde la Revolución Industrial hasta nuestros días, pues, ha existido un fuerte interés en recrear el dualismo campo-ciudad, que tiene muchos puntos de contacto con la dualismo naturaleza-sociedad al que se hará referencia en el próximo apartado.

III. EL DEBATE SOBRE LAS RELACIONES ENTRE NATURALEZA Y SOCIEDAD

Los cambios económicos, sociales y territoriales de las últimas décadas han tendido a difuminar las diferencias físicas entre espacios rurales y espacios urbanos, de manera que cada vez resulta más difícil discernir donde empiezan y terminan unos y otros. En contraste, las diferencias simbólicas tienden a acentuarse y quizás no exista mejor ejemplo de ello que la concepción de la naturaleza. Así, en nuestro subconsciente colectivo lo que separa las áreas rurales de las áreas urbanas es que las primeras gozan de un capital natural que falta en las segundas.

En este caso, el objetivo sería superar esta visión que primero, sin embargo, debe definirse y situarse históricamente. A continuación, convendría encontrar elementos o significados comunes o compartidos entre las culturas urbanas y rurales que permitieran avanzar en una convergencia de intereses. A partir de aquí la tarea sería definir un nuevo contrato social para la sostenibilidad.

La denominada crisis ambiental global de nuestros días ha vuelto a poner sobre la mesa y por enésima vez (aunque con mayor eco social que en el pasado) la cuestión de nuestras relaciones con el medio que nos rodea. El debate, sin embargo, sigue anclado en una separación estricta, explícita o implícitamente entre estos dos grandes componentes de la ecuación ambiental. Lo que nos diferencia de gran parte de las perspectivas pasadas sobre este tema es que la relación de dependencia se ha invertido: la naturaleza se ha convertido en víctima y los humanos en verdugos, La criminalización de la especie humana se manifiesta a todas las escalas y afecta a todos los humanos por igual: ricos y pobres; rurales y urbanos, Norte y Sur, capitalismo y socialismo, etc.

Por tanto, debe proteger a la naturaleza frente a estos excesos bajo un precepto ideológico muy claro: el medio natural debe quedar al margen de la interferencia humana y no únicamente por una serie de características propias que le confieren unos valores determinados, sino también para evitar las tendencias autodestructivas hacia las que parecemos estar abocados como especie y que pueden terminar por provocar nuestra propia desaparición.

Sin embargo, la separación estricta entre naturaleza y sociedad que parece derivarse de estas interpretaciones es muy problemática. En primer lugar (y mucho más todavía en los espacios rurales) porque lo que hoy consideramos como medio natural contiene a decir de Raymond Williams una gran proporción de historia humana, Como afirmaron en su momento Marx y Engels y luego nos han recordado muchos otros pensadores, desde el momento en que los humanos mezclamos nuestro trabajo con los componentes del entorno biofísico, la distinción entre historia natural e historia humana deja de tener sentido. Naturaleza y cultura quedan entonces íntimamente imbricadas en un proceso que el historiador ambiental norteamericano William Cronon denomina de «determinación mutua» (Cronon, 1983).

En segundo lugar, difícilmente podemos considerar el medio natural como una realidad única, universal y objetiva. Más bien se tendría que hablar del medio natural como una construcción social. Por supuesto, fenómenos naturales como la fotosíntesis o la ley de la gravedad existen plenamente en sí mismas y no son ninguna construcción de las sociedades humanas. Ahora bien, las ideas que tenemos sobre estos fenómenos y sobre quien se apropia de sus cualidades si son construcciones humanas. Por tanto, conviene clarificar que lo que se cuestiona no es la existencia real del mundo biofísico (ontología) sino más bien las ideas y conceptos que tenemos sobre este mundo y que a menudo pretendemos convertir en «naturales» (epistemología). El argumento de Cronon, por ejemplo, es que la idea de la naturaleza dominante en el mundo de hoy, como hasta cierto punto, la idea del deterioro ambiental del planeta y la existencia de límites a la actividad humana es una idea elaborada por la cultura occidental, particularmente por «aquellos que nunca han tenido que trabajar la tierra» (Cronon, citado por Proctor, 1998). Esta contundencia se puede traducir, por tanto, argumentando que, en sentido epistemológico, no existe una única naturaleza, sino múltiples «naturalezas» que se constituyen a niveles históricos, geográficos y sociales diferentes (Macnaghten y Urry, 1998).

Si la separación entre naturaleza y sociedad parece conducir hacia un impasse en lo teórico y hacia una polarización conflictiva en la práctica, la cuestión lógica que sigue es cómo superar esta dualidad. Para ello conviene referirse a la Geografía, quizás la única disciplina que pueda arrojar algo de luz en este sentido por la antigüedad y profundidad de los debates internos sobre este tema característicos de esta disciplina científica. Efectivamente, la

Geografía siempre se ha interesado por los vínculos entre naturaleza y cultura y uno de sus elementos distintivos, al menos hasta hace poco, ha sido el de ciencia que se encuentra en la encrucijada de las relaciones entre naturaleza y sociedad. La caracterización concreta de estas relaciones, así como el enfoque más adecuado para superar el dualismo se encuentra, sin embargo, sujeta a debate (Boada y Saurí, 2002). Desde la década de 1960 al menos, la Geografía ha intentado superar el dualismo mediante multitud de aproximaciones de las que nosotros escogemos tres para comentarlas con mayor detalle: estas tres aproximaciones son respectivamente la teoría de sistemas, el enfoque dialéctico y, por último, el enfoque de actores y redes.

Según la teoría de sistemas, las relaciones entre naturaleza y sociedad se establecerían entre dos mundos conectados por un conjunto de flujos que pueden alterar las características de la naturaleza y de la sociedad pero que, sin embargo, no consiguen generar cambios substanciales en los dos componentes si no es a largo plazo. Un ejemplo clásico en Geografía de la relación según la teoría de sistemas serían las definiciones de «recurso» (la forma positiva de la relación) y «riesgo» (la forma negativa) naturales. Ambas constituyen el pilar del enfoque de la ecología humana en Geografía de Gilbert White y sus colegas norteamericanos (White, 1975). Así, los flujos de recursos y riesgos son espacial y temporalmente cambiantes y pueden alterar tanto la naturaleza (pensemos por ejemplo, en los cambios ecosistémicos inducidos por el aprovechamiento humano del agua) como la sociedad (efectos de las inundaciones y otros desastres naturales en la dinámica social).

En el caso del enfoque dialéctico, naturaleza y sociedad son mucho más permeables al cambio (el metabolismo «socio natural» marxista) y los procesos parecen adquirir una mayor relevancia que los componentes. Este enfoque dialéctico se encuentra detrás de la Geografía de inspiración marxista y, más recientemente, de la denominada «ecología política» (Harvey, 1996; Robbins, 2004). Aquí las relaciones, especialmente las vehiculadas por el trabajo humano, consiguen alterar tanto la naturaleza como la sociedad, de manera que la historia natural se convierte en historia humana. Para el enfoque dialéctico, sin embargo, las preguntas importantes son quien controla esta relación; esto es, quien se apropia de los medios naturales y del trabajo humano que los valoriza y con qué objetivos (Smith, 1984).

Finalmente, la última propuesta sustituiría las relaciones entre componentes y los mismos componentes por un conjunto de redes con conectividades diferentes. Esta última interpretación es la que propone la teoría de «actores-redes» («Actor-Network Theory» o «ANT» en inglés) y que pretende destruir el dualismo otorgando primero una importancia parecida tanto a los actores (los componentes del medio físico y social) como a las redes (las relaciones que se establecen entre estos componentes). En este último caso, cabría por tanto argumentar a favor de un marco socioambiental caracterizado por redes múltiples de relaciones entre componentes humanos y componentes no humanos (Goodman, 1999; Latour, 1999; Castree, 2002). Esta teoría se ha centrado sobre todo por el análisis de realidades heterogéneas, como las de tipo geográfico y ambiental por lo que su interés para la Geografía resulta obvio.

Las tres aproximaciones descritas sucintamente en las líneas anteriores contienen elementos de interés. Sin embargo, para el desarrollo de nuestro propio marco conceptual nos sentimos más confortables con una noción o idea del medio ambiente entendido como históricamente co-producido por fuerzas naturales y fuerzas sociales al mismo tiempo (Swynedouw y Heynen, 2004). En este sentido, pues, la teoría de «actores-redes» convenientemente

matizada y enriquecida por el enfoque dialéctico (para darle una profundidad geográfica e histórica de la que carece) sería la candidata para nuestro análisis del mundo rural. Para ello precisamos sin embargo, concretar un poco más la cuestión de la naturaleza y del medio ambiente en los espacios rurales.

IV. NATURALEZA Y CULTURA EN LOS ESPACIOS RURALES

Las prácticas sociales tradicionales que guían la relación con el medio ambiente en el mundo rural nos son bien conocidas. La producción agraria constituye la función principal de los agricultores y ganaderos y el resto de actividades quedan subordinadas a las estrategias de obtención de alimentos y otros productos de la tierra. De este modo, la cultura campesina se vincula principalmente con la actividad agraria aunque, históricamente y en muchos lugares del planeta, las unidades de producción agraria (o los núcleos familiares, si se quiere) cuenten con otras estrategias con el fin de minimizar los riesgos de fracaso en la reproducción de estas unidades. Es en estas estrategias donde se halla la clave que explica la diversidad de los paisajes agrarios. En palabras de Cronon (en las que podemos escuchar también los postulados de la geografía Vidaliana) el medio puede delimitar inicialmente el conjunto de opciones disponibles para la sociedad rural pero después, el mismo medio es alterado a través de la selección y aplicación de estas opciones. En este proceso de mutua determinación que configura los paisajes rurales tradicionales, el trabajo humano interviene de una manera decisiva, como ya reconociera, entre otros, Jean Brunhes (1947). El trabajo humano representaría pues el principal (aunque no único) nexo de unión entre naturaleza y sociedad.

Las economías de subsistencia que caracterizan a la sociedad rural tradicional tampoco han de llevarnos hacia un mundo aislado y encerrado en sí mismo. Como argumenta Fontana (2000), al menos en Europa Occidental, los contactos con el mundo exterior y especialmente con las ciudades, eran mucho más abundantes de lo que se suele asumir. Por ejemplo, la densidad verdaderamente extraordinaria de la red de caminos en las áreas rurales evidencia los lazos mantenidos con el exterior, ciudades incluidas (Campillo, 2001). Por otra parte, la supuesta autarquía de estas sociedades se debía más a la insuficiencia de medios para adquirir bienes y servicios fuera de la explotación familiar que a una pretendida voluntad de favorecer el autoconsumo. Edward Thompson afirma también que en un sentido más simbólico, la sociedad rural y las capas urbanas más pobres compartían un buen número de «Costumbres en Común». En definitiva, podríamos decir que el medio rural tradicional se habría caracterizado por una heterogeneidad significativa de redes socioambientales, lo cual habría redundado en un incremento de la diversidad natural y cultural.

En Europa, el proceso de modernización agraria iniciado a partir de la Segunda Guerra Mundial modificará profundamente las áreas rurales pero dejará intacto uno de aquellos «significados compartidos» que conforman la cultura rural y que es la producción de alimentos. Al contrario que en épocas anteriores, sin embargo, las estrategias productivas pasan de manera creciente por la concentración, la especialización y la intensificación de las actividades productivas. La modernización agraria comportará también cambios importantes en el trabajo humano, que se hará menos pesado a raíz de la mecanización y la utilización de nuevos inputs para aumentar los rendimientos de las producciones y que ya no dependerá tanto del gasto energético endosomático efectuado por los agricultores. El trabajo en el campo, por

tanto, verá reducido su componente estrictamente físico aunque en términos de dedicación horaria probablemente habría aumentado. En cualquier caso, este es uno de los hechos que el campesinado tiende a valorar positivamente cuando se compara la situación actual con la existente en décadas anteriores

Las ganancias en producción, productividad y confort privado y social en las tareas productivas se habrán de contrarrestar con los costes sociales y ambientales del proceso de modernización, costes que en primer lugar, son sufridos por las propias explotaciones familiares ya que muchas de ellas no lograrán adaptarse a la nueva situación y tenderán a desaparecer. Hacia la década de 1970 surge y se consolida también la noción de que la modernización agraria afecta de manera negativa a un buen número de vectores ambientales (agua y suelos, en particular). Entonces se hace realidad aquello que la voz solitaria de Rachel Carson y su denuncia de la «primavera silenciosa» había efectuado ya en 1962. Durante la década de 1990 a los impactos sobre el medio ambiente se añadirán otros impactos vinculados ya claramente con la salud humana, lo cual llevará a replantear el denominado «modelo atlántico de alimentación» (Wilson, 2001). En Cataluña, por ejemplo, el sector porcino constituye cerca del 40% del Valor Añadido Bruto de la producción agraria. Sin embargo, esta proliferación ha traído como consecuencia un importante deterioro de la calidad del agua en muchos acuíferos del país, de manera que decenas de municipios de comarcas como el Empordà o Osona, tienen sus aguas subterráneas contaminadas por nitratos.

Al mismo tiempo, las políticas agrarias tradicionalmente orientadas a la protección del sector vía subsidios, precios de garantía, etc. serán alcanzadas por los vientos de la liberalización económica y, también, a partir de la década de 1990 empezará su proceso de desmantelamiento progresivo (Moyano y Paniagua, 1998), aunque no sin fuertes resistencias. Las alternativas ofrecidas a los agricultores ya no pasarán pues por la producción de alimentos abundantes y baratos sino por reemprender en gran parte, la diversificación de actividades presentes en el periodo anterior al de la modernización (Jollivet, 1997). En síntesis, este es el gran objetivo de lo que se ha venido en definir como «desarrollo rural» y que se construye en oposición al «desarrollo agrario o agroganadero» predominante durante los años de la modernización (Gray, 2000; van der Ploeg y otros, 2000).

A nivel teórico esta nueva fase se define como post-productivista y se caracteriza por una revalorización del territorio rural en la que la producción de alimentos (al menos a gran escala) ya no es la función dominante. A menudo, esta revalorización se plantea en términos de posicionalidad. Es decir, mientras que los alimentos y otros productos de la tierra se pueden importar de otros países, el patrimonio rural representa un bien público no adquirible en ninguna otra parte y que es crecientemente solicitado por los habitantes urbanos (Van der Ploeg y otros, 2000).

Dentro de este patrimonio cabe destacar sobre todo la presencia de una «naturaleza» que, por definición, no existe en las ciudades. Sin embargo, La gestión de este patrimonio natural se convierte a menudo en un terreno de conflicto entre los intereses rurales y los intereses urbanos. Para un buen nombre de estos últimos, la principal amenaza sobre el futuro de esta «naturaleza» rural pueden ser los propios agricultores, puesto que al menos un significativo segmento de la población urbana desea recrear una «ruralidad de acuerdo con la imagen urbana» (Wilson, 2001, p. 82). Esta ruralidad no pasa evidentemente por la agricultura intensiva moderna a la que se hace responsable, como ya se ha comentado, de los procesos de

contaminación de suelos, ríos y acuíferos, de la destrucción del paisaje natural o de la calidad problemática de ciertos alimentos,

La construcción de una ruralidad lo más naturalizada posible resulta problemática al menos en tres sentidos. En primer lugar, la prioridad social otorgada a los impactos ambientales de la intensificación agraria ha provocado que otros impactos, también muy importantes como los derivados del abandono agrícola, pasen prácticamente desapercibidos a nivel de opinión pública. Quizás por influencia de disciplinas emergentes como la ecología, convertida en el paraguas científico hegemónico de las estrategias conservacionistas, el abandono rural, al menos en un primer momento, no se contempló como un componente negativo para los sistemas naturales ya que, eventualmente, la sucesión ecológica se encargaría de restituir el paisaje prístino original. El tiempo, sin embargo, se ha encargado de desmentir dramáticamente esta hipótesis ya que la acumulación de biomasa resultado de la destrucción del mosaico agrosilvopastoral ha facilitado la proliferación de incendios forestales y la ruina social y ambiental de muchas áreas. Otra vez, el caso catalán resulta muy ilustrativo en este sentido: los grandes incendios que azotaron a la comunidad en 1994 y 1998, por ejemplo, tuvieron básicamente como escenario masas boscosas asentadas sobre antiguas superficies agrícolas (Cerdán y otros, 1999).

En un segundo sentido, el objetivo de renaturalizar las áreas rurales representa un buen ejemplo del contraste entre saber científico y saber popular, en detrimento de este último. Este contraste queda bien reflejado en ciertas estrategias aplicadas por organismos de gestión de parques naturales u otras zonas protegidas que manifiestan una cierta hostilidad a las prácticas tradicionales, como por ejemplo el pastoreo. Por ejemplo, la limitación impuesta al pastoreo milenario en el Alto Montseny por parte de las autoridades de este espacio protegido tuvo como resultado no deseado eliminar una función esencial de los rebaños como era el control en la propagación de especies leñosas en los valiosos ambientes de prados bóreo alpinos del macizo. Así, y también por la mayor benignidad climática de las últimas décadas, estos prados ven reducida su extensión por el avance de las leñosas (Boada, 2001; Boada y Saurí, 2001).

Finalmente, la renaturalización del campo también obedece a la voluntad de construir unos ambientes naturales que faltan en las ciudades, ignorando así que las áreas urbanas pueden contener y de hecho contienen una naturaleza específica y altamente diversa. En un estudio sobre la ciudad de Barcelona, por ejemplo, se pudo constatar la elevada presencia y variedad de elementos naturales en esta área urbana (Boada y Capdevila, 2001). Los posicionamientos ideológicos a favor de la segregación caen, por tanto, en la trampa de querer limitar las prácticas humanas que humanizan el medio rural al tiempo que desprecian las dinámicas biofísicas que naturalizan las ciudades.

Por estos y otros motivos, muchos agricultores pueden oponerse o como mínimo mostrarse escépticos con las denominadas políticas «verdes», ya que la cultura de una tierra de la que cabe extraer un sustento sigue fuertemente enraizada en el subconsciente colectivo de la gente del campo. De aquí que muchas de las acciones incluidas bajo el paraguas de la pluriactividad, un término básico en las nuevas estrategias de desarrollo rural, no generen demasiado entusiasmo y que las políticas orientadas en esta dirección no hayan conseguido, al menos de momento, sus objetivos en países como España (Paniagua, 2001). El turismo rural, que en gran parte se basa en la manipulación y empaquetado de una ruralidad al gusto

urbano pero desconectada de la vida cotidiana de los agricultores, puede crear disfunciones en las unidades agrarias de tipo familiar, obligada por un lado a continuar produciendo y por otro a ofrecer un producto listo para el consumo urbano (Hoggart y Paniagua, 2001, p. 48). De aquí que cada vez más, los objetivos iniciales de esta actividad queden desvirtuados y bajo el control de intereses no estrictamente agrarios, especialmente en aquellos enclaves de mayor atractivo paisajístico, histórico, etc.

El cuello de botella provocado por la modernización agraria en términos ambientales, tanto por intensificación como por abandono de la actividad, difícilmente podrá superarse apelando únicamente a las propuestas surgidas del desarrollo rural y su voluntad implícita de retornar a una situación pre-moderna. Esta afirmación no ha de interpretarse necesariamente como un rechazo automático a las propuestas de desarrollo rural sino más bien como una insistencia en defender la diversidad y heterogeneidad actual de los espacios rurales, incluyendo tanto las actividades intensivas como extensivas y manteniendo el binomio producción-consumo (Marsden, 1999). Si bien es cierto que la demanda de productos de calidad aumenta y que ello da lugar a la constitución de nuevas redes de producción-consumo alejados de los circuitos de la modernización agraria (Lockie y Kitto, 2000; Marsden, 2000), también debe reconocerse que la mayor parte de la población europea sigue estando poco dispuesta a pagar más para obtener alimentos producidos de una manera social y ambientalmente más digna. (Hoggart y Paniagua, 2000, p. 49).

Por otra parte, las áreas rurales no pueden ver limitadas sus funciones a las estrictamente derivadas del consumo de «naturaleza» o «paisaje» definidos según significados estéticos o científicos no necesariamente compartidos por la población campesina (Troitiño, 1995). Lo contrario implicaría una fosilización social y ambiental que convertiría estos espacios en museos, riesgo este al que se encuentran expuestas muchas áreas protegidas que cuentan con población rural.

V. HACIA UN NUEVO CONTRATO SOCIAL PARA LAS ÁREAS RURALES CATALANAS

En Cataluña, la contribución de la cultura rural a la sostenibilidad no se conseguirá mediante la recreación de un pasado más o menos remoto al que resulta imposible volver. En cambio, si se vería favorecida por la superación de dualismos empobrecedores (naturaleza-sociedad, campo-ciudad) mediante un nuevo contrato social basado en significados compartidos por los habitantes rurales y los habitantes de las ciudades.

Este contrato podría empezar a construirse a partir de la identificación de las redes y agentes (humanos y no humanos, rurales y no rurales) presentes en las áreas rurales y sus características más significativas. La reconfiguración de redes y actores en la línea de la sostenibilidad socioambiental debería tener en cuenta, a nuestro juicio, una serie de condiciones que detallamos a continuación:

- 1) Mantener la figura del agricultor o ganadero como un componente esencial de las redes rurales. Aunque los agricultores no son (ni probablemente lo han sido nunca) los únicos actores presentes en el mundo rural, debe evitarse su marginación creciente por parte de los otros intereses presentes en estas áreas. En Cataluña con quizás ya únicamente un 2% de la población activa empleada en la agricultura, resolver la marginalidad es una tarea acuciante.

2) Evitar la segregación entre espacios de producción y espacios de consumo, entre áreas agrícolas y áreas rurales, que no es seguramente posible ni tampoco deseable. La cultura rural catalana, como la de otros lugares, sigue siendo básicamente productivista. Por tanto, cualquier limitación de la producción agraria y de las actividades agroganaderas en general debe ser considerada muy cuidadosamente, teniendo muy presentes los efectos no deseados de acciones pretendidamente positivas.

3) Aún y considerando como necesaria la (re)introducción de prácticas agrícolas menos intensivas, resulta imprescindible aceptar que ciertos impactos ambientales como «externalidades negativas» de la producción agraria siempre estarán presentes. Así, es necesario facilitar la innovación tecnológica para reducir estos impactos, como se ha hecho (y con éxito) en muchas esferas de la actividad industrial. En Cataluña, la innovación tecnológica se necesita especialmente en el ámbito de los residuos ganaderos, muy especialmente los porcinos.

4) Tampoco cabe penalizar a las áreas rurales (especialmente aquellas que se encuentran dentro de espacios protegidos) con políticas demasiado restrictivas a nivel de gestión de recursos, especialmente aquellas orientadas a primar actuaciones que si bien importantes desde un punto de vista simbólico, pueden no serlo tanto a nivel de conservación de los paisajes rurales tradicionales. Por ejemplo, en zonas como el Parque Natural del Montseny se puede admitir al edificación con materiales modernos (mucho menos costosos que los tradicionales) si ello favorece la continuidad de las explotaciones y, por tanto, de la actividad agraria.

5) La función de conservación del territorio que efectúan los agricultores quizás no se puede llegar a pagar directamente pero sí puede compensarse de muchas otras formas, especialmente mediante inversiones en infraestructuras, equipamientos y servicios sociales. Estas inversiones son esenciales para mitigar la creciente vulnerabilidad socioambiental de estos territorios a diversos riesgos, como por ejemplo los incendios forestales y la degradación paisajística en general. Invertir en las áreas rurales catalanas es también una tarea muy urgente, antes de que desaparezcan los pocos agricultores que permanecen en sus explotaciones.

6) Deben favorecerse los contactos entre los actores presentes en los espacios rurales y evitar los maniqueísmos, especialmente en relación a la población urbana que frecuenta de manera creciente el territorio rural, dividiendo esta población entre «buenos y educados» y «malos e ignorantes». El elitismo que supura de muchas de las actuaciones de ordenación y gestión del territorio rural y muy significativamente en las áreas protegidas, apunta al mismo tiempo hacia agricultores y visitantes que, por diferentes motivos, se convierten en culpables de la degradación del medio. Más que la clásica y manida llamada a la educación para superar estos problemas, lo que conviene es una buena comunicación entre todos estos actores ya que cada parte puede aportar cosas y contribuir así a la mejora de los significados compartidos claves para asegurar la sostenibilidad en el mundo rural.

VI. CONCLUSIONES

Finalmente, nos gustaría desarrollar un breve apunte metodológico sobre como reorientar la investigación sobre sostenibilidad en las áreas rurales. Esta metodología, basada en la teoría de «actores-redes», situaría en primer plano los condicionantes históricos y geográficos

de las redes socioambientales presentes y los actores que las conforman, y quedaría organizada en torno a los siguientes puntos:

1) Breve sinopsis histórica y geográfica del espacio rural considerado, con una atención especial a la caracterización de la construcción y desarrollo históricos de las redes a analizar.

2) Identificación de las redes principales y de los actores y componentes que las integran (especialmente de aquellos actores que pueden ejercer más influencia en el control de estas redes). Para simplificar se podrían definir dos redes: La primera, de carácter productivo y la segunda, más vinculada al consumo. La primera, por ejemplo, podría comprender el principal producto de el área en cuestión y sus componentes mas relevantes (humanos y no humanos, rurales y urbanos). La segunda podría hacer referencia a las condiciones de protección y conservación del paisaje en este territorio e implicaría igualmente la identificación de los agentes que intervienen en esta actividad (igualmente, humanos y no humanos, rurales y urbanos).

3) Trazar la geometría de las redes respectivas, tratando de identificar muy especialmente los puntos de conexión existentes entre ambas y caracterizar estos conectores en términos de intereses comunes (significados compartidos) y también en términos de discrepancias (o significados no compartidos).

4) Establecer mecanismos de negociación entre actores y redes, fortaleciendo los puntos de interés común y minimizando los conflictos potenciales.

5) Finalmente, diseñar, negociar y aplicar acuerdos en la línea de la sostenibilidad social y ambiental.

Por supuesto, esta propuesta no deben entenderse como un marco cerrado de análisis sino más bien como un conjunto de líneas generales sobre el que replantear la noción de sostenibilidad en las áreas rurales teniendo presentes a todos los actores, tanto rurales como urbanos, que pueden contribuir, en un ámbito de respeto mutuo a ampliar la base de significados compartidos entre estos actores y, por tanto, a facilitar la creación de «socionaturalezas» más justas y democráticas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BOADA, M. (2001): *Manifestacions del canvi ambiental global al Montseny*. Tesis doctoral inédita. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona, Departament de Geografia.
- BOADA, M. i CAPDEVILA, L. (2001): *Biodiversitat Urbana*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona.
- BOADA, M. i SAURÍ, D. (2001): «Procesos de bioinvasión en la zona supraforestal del Montseny» . *XVII Congreso de la Asociación de Geógrafos Españoles*. Oviedo, 31 Octubre-3 Noviembre (publicado en las Actas del Congreso, pp. 143-146).
- BRUNHES, J. (1947): *La Géographie Humaine*. Paris: Presses Universitaires de France (2ª edición).
- CAMPILLO, X. (2001): *La Xarxa de Camins de Muntanya a Catalunya*. Tesis doctoral inédita. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona, Departament de Geografia.
- CASTREE, N. and B. BRAUN (eds.) (2001): *Social Nature. Theory, Practice, and Politics*. Oxford: Blackwell.

- CERDAN, R., BADIA, A., LLURDÉS, J.C., SAURÍ, D. FERRERO, I. i SÁNCHEZ, F. (1999): *Planificació territorial i lluita contra els incendis forestals al Bages*. Premio de Investigación Caixa de Manresa. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona, Departament de Geografia.
- CRONON, W. (1983): *Changes in the Land. Indians, Colonists, and the Ecology of New England*. New York: Hill and Wang.
- DANIELS, S. (1989): «Marxism, culture and the duplicity of landscape», en Peet, R. and Thrift, N. (eds.): *New Models in Geography* (Vol. 2). London: Unwin Hyman (pp. 196-220):
- FONTANA, J. (2000): *La Història dels Homes*. Barcelona: Crítica.
- GOODMAN, D. (1999): «Agro-food studies in the «Age of Ecology»: Nature, corporeality and bio-politics», *Sociologia Ruralis*, 39(1), pp. 17-38.
- GRAY, J. (2000): «The Common Agricultural Policy and the re-invention of the rural in the European Community *Sociologia Ruralis*, 40(1); pp. 30-52.
- GREGORY, D. (2001): «(Post)Colonialism and the Production of Nature», en Castree, N. And B. Braun (eds.): *Social Nature. Theory, Practice, and Politics*. Oxford: Blackwell (pp. 84-111).
- HARVEY, D. (1996): *Justice, Nature, and the Geography of Difference*. Oxford: Blackwell.
- HOGGART, K. and PANIAGUA, A. (2001 a): «What rural restructuring?». *Journal of Rural Studies*, 17, pp. 41-62.
- HOGGART, K. and PANIAGUA, A. (2001 b): «The restructuring of rural Spain?». *Journal of Rural Studies*, 17, pp. 63-80.
- LATOUR, B. (1999): *Politiques de la Nature*. París: La Découverte.
- LOCKIE, S. and KITTO, S. (2000): «Beyond the farm gate: Production-consumption networks and agri-food research», *Sociologia Ruralis*, 40(1); pp. 3-19.
- JOLLIVET, M. (dir.) (1997): *Vers un rural postindustriel. Rural et environnement dans huit pays européens*. Paris: L'Harmattan.
- MARSDEN, T. (1999): «Rural futures: The consumption countryside and its regulation», *Sociologia Ruralis*, 39(4); pp. 501-520.
- MARSDEN, T. (2000): «Food matters and the matter of food: Towards new food governance?», *Sociologia Ruralis*, 40(1); pp. 20-29.
- MACNAGHTEN, P. and URRY, J. (1998): *Contested Natures*. London: Sage.
- MOYANO, E. y PANIAGUA, A. (1998): «Agricultura, espacios rurales y medio ambiente», *Revista Internacional de Sociología*, Tercera Época, 19-20, pp. 127-152.
- PANIAGUA, A. (2001): «Agri-environmental policy in Spain: the agenda of socio-political developments at the national, regional and local levels», *Journal of Rural Studies*, 17, pp. 81-97.
- PLOEG, J.D. van der, RENTING, H., BRUNORI, G., KNICKEL, K., MANNION, J., MARSDEN, T., DE ROEST, K., SEVILLA-GUZMÁN, E. and VENTURA, F. (2000): «Rural development: from practices and policies towards theory», *Sociologia Ruralis*, 40(4); pp 391-408.
- PROCTOR, J.D. (1998): «The meaning of global environmental change. Rethorizing culture in human dimensions research», *Global Environmental Change*, 8(3), pp. 227-248.

- ROBBINS, P. (2004): *Political Ecology*. Oxford: Blackwell
- SMITH, N. (1984): *Uneven Development*. Oxford: Blackwell.
- SWYNGEDOUW, E. y HEYNEN, N.C. (2004): «Urban political ecology, justice, and the politics of Scale», *Antipode*, 35 (5), pp. 980-988.
- TROITIÑO VINUESA, M.A. (1995): «Los espacios naturales protegidos en el desarrollo rural», en García Fernández, J. (coord.): *Medio Ambiente y Desarrollo Rural*. Valladolid: Universidad de Valladolid (pp. 91-115).
- WHITE, G.F. (1975): «La investigación geográfica sobre los riesgos naturales», en R.J. Chorley (ed.): *Nuevas Tendencias en Geografía*. Madrid: Instituto de Estudios para la Administración Local.
- WILSON, G.A. (2001): «From productivism to post-productivism....and back again?. Exploring the (un)changed natural and mental landscapes of European agriculture». *Transactions of the Institute of British Geographers NS*, 26, pp. 77-102.